



Creced

en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor
y Salvador Jesucristo.

2 Pedro 3:18

04-2026

julio — agosto

01 — Cosas nuevas

H. Graf

09 — El amor fraternal y el amor

E.J. Thomas

10 — Oraciones respondidas y no respondidas

F.B. Hole

13 — No descuidar de la oración

14 — El sermón del monte

A. Remmers

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.

2 Timoteo 3:16-17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”.

Hechos 17:11

— Cosas nuevas —

(Viene del número 3-2026)

Las siguientes notas fueron preparadas con motivo de una conferencia en Felidia, Colombia, en abril de 2025.

4.1. El término “hombre” en el Nuevo Testamento

En las cartas del Nuevo Testamento encontramos algunos nombres adicionales para designar al «ser humano». ¿Qué significan? Este breve resumen pretende ofrecer una cierta visión en conjunto.

- **Nuestro viejo hombre**

“Sabiendo esto, que **nuestro viejo hombre** fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6). “Nuestro viejo hombre” se refiere a todo lo que el creyente era en la carne, es decir, antes de su conversión: murió a todo en la muerte de Cristo.

- **El viejo hombre**

“Habiéndoos despojado del **viejo hombre** con sus hechos...”

(Colosenses 3:9; Efesios 4:22). El “hombre viejo” es el hombre en general, pues pertenece a la familia del Adán caído. En Romanos 8:3, esta condición es llamada “pecado en la carne”.

- **El nuevo hombre**

“Vestíos del **nuevo hombre**, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24; Colosenses 3:10). El “hombre nuevo” representa lo que el creyente es en Cristo —**una nueva creación**¹.

- **Un solo y nuevo hombre**

“Para crear en sí mismo de los dos **un solo y nuevo hombre**, haciendo la paz” (Efesios 2:15). Esta expresión incluye a todos los creyentes entre los gentiles y los judíos, que juntos forman la Iglesia.

- **El hombre interior**

Leemos acerca de esto en Romanos 7:22, 2 Corintios 4:16 y Efesios 3:16. El **hombre interior** resulta de la obra soberana de Dios, a través de la actividad del Espíritu Santo en el alma. El Espíritu usa un elemento divino para esto, la semilla incorruptible de la Palabra viva y permanente de Dios.

¹ En ningún momento se dice de Cristo que él es el hombre nuevo. Más bien, leemos que este es “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.” (Efesios 4:24). Cristo no es una criatura. Pero es correcto decir que el nuevo hombre lleva las características de Cristo.

- **El hombre exterior**

En 2 Corintios 4:16 se nos dice que **nuestro hombre exterior** se desgasta (perece). Este es nuestro cuerpo, es decir, lo que somos exteriormente por naturaleza.

- **El hombre interior del corazón**

1 Pedro 3:4 habla del hombre interior del corazón (V.M.), refiriéndose a lo que ha surgido en nosotros mediante el nuevo nacimiento: un nuevo ser moral. Las virtudes de este hombre oculto del corazón debían ser adornadas por la obediencia a la Palabra de Dios.

- **El hombre natural**

“El **hombre natural** no percibe lo que es del Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:14). Este es el incrédulo, sin ninguna obra de Dios en él. Por lo tanto, no es nacido de Dios ni sellado con el Espíritu Santo.

- **El hombre espiritual**

Así es como 1 Corintios 2:15 describe al creyente que no solo está sellado con el Espíritu Santo, sino que también camina según el Espíritu.

- **El hombre carnal**

La Palabra de Dios nos muestra a un creyente en el que la carne vuelve a tomar el control y que, por lo tanto, «camina según la carne» en su vida práctica (1 Corintios 3:1, 3).

- **El primer hombre**

“El **primer hombre** es de la tierra, terrenal” (1 Corintios 15:47). Aquí tenemos una referencia a la forma en que fue creado el hombre.

- **El segundo hombre**

“El **segundo hombre** es del cielo” (1 Corintios 15:47). Esta expresión se refiere a la humanidad de nuestro Señor. Él es el hombre del cielo, santo y sin pecado.

- **El primer Adán**

En 1 Corintios 15:45, el **primer hombre, Adán**, aparece como cabeza de la raza humana caída.

- **El postrer Adán**

Este es Cristo, cabeza de una generación que tiene sus propias características (1 Corintios 15:45).

- **El hombre terrenal**
(1 Corintios 15:48)

El polvo de la tierra es el material del que se formó el ser humano. “Porque polvo eres y al polvo volverás” (Génesis 3:19). Su carácter corresponde a su origen: el polvo (Salmo 103:14-16).

- **El hombre celestial**
(1 Corintios 15:48)

Cristo, el segundo hombre, vino del cielo. Por eso, el carácter de los que le pertenecen, es espiritual y celestial.

El segundo hombre contra el primero

Cuando el Espíritu de Dios llama a nuestro Señor “**el segundo hombre**” (1 Corintios 15:47), esto significa que todos los demás hombres son solo una copia del primero. Nuestro Señor Jesucristo es diferente; se distingue claramente del primer hombre. Como un hombre verdadero, pero sin pecado en espíritu, alma y cuerpo, **él ha reemplazado y eliminado completamente al primer hombre.**

Resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre. Después de llevar a cabo la redención mediante su muerte sacrificial por el pecado en la cruz, regresó a donde había estado antes. Después de ser exaltado a la diestra de Dios, hizo descender al Espíritu Santo para que habitara en los suyos, a quienes había dejado en el mundo, a fin de que fuera para ellos en su lugar un “abogado” o “consolador”. **Como postrer Adán**, les dio la vida en unión consigo mismo como glorificado. Por lo tanto, en este mundo que él ha dejado, **tiene a aquellos en quienes manifiesta Su vida, a través del Espíritu Santo.** Mientras que la Escritura enseña que nuestro viejo hombre está juntamente crucificado con Cristo, en ningún momento dice que “**el primer hombre**” es crucificado. Las relaciones humanas

no pertenecen al orden del “viejo hombre”, sino al del “**primer hombre**”, aunque hayan sido teñidas por las características del viejo hombre. Estas relaciones continuarán para el creyente hasta que venga el Señor o hasta que se produzca su muerte. Aunque al confiar en Cristo nos hemos “despojado del viejo hombre” y “revestido del nuevo hombre” (Colosenses 3:9-10), no podremos despojarnos del primer hombre hasta que salgamos del ámbito de la responsabilidad aquí. **Moralmente pertenecemos ahora al orden del segundo hombre;** y el Espíritu de Dios nos ocupa con Cristo en la gloria, para producir en nosotros esas cualidades que nuestro Dios ve en Cristo y que tanto le agradan. Es nuestro privilegio seguir esta obra del Espíritu, para que **de este modo podamos llevar la dignidad del hombre celestial a las relaciones de la vida terrenal.** Pronto estaremos con Él en la gloria y seremos como él. Entonces habremos terminado completamente y para siempre con el orden del **primer hombre.** Los creyentes son celestiales en su origen, en su carácter y en su destino (1 Corintios 15:47-48). “Como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (v. 49).

4.2. El hombre nuevo (2 Corintios 5:17)

Cuando una persona cree en el Salvador, recibe una **nueva vida de Dios**. Se convierte en una **persona nueva**. Dios considera que lo que era antes de su conversión está acabado. El **viejo hombre** encontró su fin en la cruz donde el Señor Jesús murió por él. **“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”** (2 Corintios 5:17).

Por lo tanto, los creyentes son **personas nuevas** y también deben vivir como tales, aunque todavía tengan la raíz del pecado en su interior. Tanto **Efesios 4:24** (“Vestíos del **nuevo hombre**, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”), como **Colosenses 3:10** (“Revestido del **nuevo**, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”, que habla del **hombre nuevo**), hablan de que **nos hemos revestido del hombre nuevo**. Nos lo hemos puesto como un vestido nuevo, o, mejor dicho, como **un nuevo ser** que nos ha sido dado.

Vemos la **naturaleza** del hombre nuevo en la vida del Señor Jesús. ¡Cuánto podemos aprender de Él! En contraste con **Adán** y sus descendientes, Él es llamado “el **segundo hombre... del cielo**”. Vivió aquí como un extranjero celestial. Su origen y su destino era el **cielo**, donde ahora

habita **como hombre glorificado**. Por eso a nosotros como creyentes se nos pide: **“Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira (o el pensamiento) en las cosas de arriba, no en las de la tierra”** (Colosenses 3:1-2).

Nuestro comportamiento, nuestras decisiones, actividades, relaciones interpersonales, sí, toda nuestra vida debe estar moldeada por el hecho de que somos **ciudadanos del cielo**.

Además, el Señor Jesús se presenta como maestro cuando dice: **“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso (amable) y humilde de corazón”** (Mateo 11:29). El yugo habla de la **sumisión total a la voluntad de Dios** Padre. La obediencia a Dios y a su Palabra, así como la **manse dumbre** y la **humildad**, son otras características del **hombre nuevo**. Aprendámoslas de nuestro Señor.

Él había venido a esta tierra como ser humano con la intención declarada de hacer siempre y en toda situación la voluntad de Dios. No tenía un solo pensamiento o deseo que no estuviera en completa conformidad con la voluntad del Padre. Dios quiera que pudiéramos decir siempre de corazón: **«Hágase, Señor, tu voluntad»**.

Mirando Su gentileza y humildad, podemos decir: **Nunca se ofendió**. No se ofendió ni **se enfadó**.

Pero tampoco causó ninguna ofensa injustificada (1 Pedro 2:21-23).

4.3. Un solo y nuevo hombre (Efesios 2:13-17)

Ejemplo del Antiguo Testamento (Éxodo 26:1-6)

El tabernáculo tenía 4 cubiertas. La más hermosa se encontraba debajo de las otras, directamente encima de la casa de oro. También se llamaba “el tabernáculo”. Estaba hecha de diez cortinas de lino torcido, azul, púrpura y carmesí, y con querubines de obra primorosa. (v. 1). “Cinco de las cortinas estarán unidas una con la otra, y las otras cinco cortinas unidas una con la otra” (v. 3). Estos dos pedazos de cortinas se juntaban con **cincuenta corchetes de oro, para que el tabernáculo fuera un todo** (v. 6). ¿Por qué se hizo así? Apunta al día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo vino 50 días después de la resurrección del Señor Jesús para bautizar a los creyentes en **un solo cuerpo** (Hechos 2). Fue el comienzo de la Iglesia, que él convirtió en “**un solo... hombre**”, tanto judíos como gentiles. Esto se describe claramente en **Efesios 2:15** y también en 1 Corintios 12:12-13: “**en un solo cuerpo**”.

Encontramos en Efesios 2:13-17 diferentes ilustraciones de esto

En el **versículo 13**, la puesta de lado de Israel preparó el gran cambio en los caminos de Dios en la tierra. Tras el rechazo de Israel, Dios, siguiendo sus caminos, sacó la **Iglesia** a la luz. Al hacerlo, él ha formado **toda una nueva esfera de bendición** que está completamente fuera del reino de los judíos y el de los gentiles. La Iglesia no es una continuación del sistema judío del Antiguo Testamento.

En esta nueva posición, Dios ya no ve a los creyentes en la carne, **sino en Cristo**. Por eso el apóstol dice: “**Ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo**” (v. 13). Los gentiles estaban antes “sin Cristo”, “alejados de la ciudadanía de Israel”, “extraños”, “sin esperanza” y “sin Dios en el mundo”. Los judíos estaban exteriormente cerca, pero moralmente distantes de Cristo. Cuando habló de los judíos, el Señor tuvo que decir: “Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está **lejos de mí**” (Mateo 15:8).

Varios puntos

1. **Primero, los creyentes “fueron acercados por la sangre de Cristo”**. Las naciones, desde lejos, donde el pecado las había puesto, fueron acercadas en Cristo. Se trata de una cercanía viva que se

manifiesta en Cristo mismo, resucitado de entre los muertos, el cual se presenta ante la faz de Dios por nosotros.

2. **En segundo lugar**, los creyentes fueron **“hechos uno”**, sean de los judíos o de los gentiles. Nadie puede enfatizar demasiado la importancia de que seamos acercados por la sangre, pero se necesita más para la formación de la Iglesia. Ella no es simplemente un cuerpo de creyentes que “fueron acercados”. Está formada por creyentes judíos y gentiles que fueron **“hechos uno”**.

— Con su muerte, Cristo suprimió la “ley de los mandamientos” (Efesios 2:15), que era la causa de la división entre Dios y los hombres, y entre judíos y gentiles. **La ley** prometía la vida a los que la cumplían y condenaba a los que la quebrantaban. Una vez que quedó claro que todos habían infringido la ley, esta trajo inevitablemente la condenación a los que estaban bajo ella, alejando así al hombre de Dios.

— Además, erigió **una clara barrera** —el muro— entre judíos y gentiles. Hasta que no se eliminara este muro divisorio, no podía haber paz entre Dios y los hombres, ni entre judíos y gentiles. **En la cruz** fue quitada la enemistad entre el hombre y Dios, y entre judíos y gentiles. La paz resultante está en Cristo; **“él es nuestra paz”** (Efesios 2:14).

— **Cristo** representa tanto al creyente que proviene de los judíos como el que proviene de los gentiles. Mediante la cruz, Cristo abolió por completo la ley de los estatutos como medio para acercarse a Dios y **abrió una nueva vía de acceso a través de su sangre**.

- El **judío** se acerca a Dios sobre la base de la sangre que ha terminado con la ley y sus estatutos.

- El **gentil** ha sido sacado de su lugar de lejanía de Dios, el judío de una cercanía meramente externa, y **ambos han sido hechos uno al disfrutar de una bendición común ante Dios** que ninguno de ellos había poseído previamente.

- Los creyentes gentiles no han sido elevados al nivel del privilegio judío; ni los judíos son reducidos al nivel de los gentiles. **Ambos han sido colocados sobre una base completamente nueva**, en un nivel incommensurablemente superior.

3. **Tercero**, los creyentes de entre los judíos y gentiles fueron formados en un **“solo y nuevo hombre”** (v. 15). Ya hemos visto que ambos fueron “hechos uno”. Pero esto todavía no expresa **toda la verdad de la Iglesia**. La verdad plena de la Iglesia va mucho más allá. La expresión “hombre nuevo” habla de una **nueva condición** marcada por la belleza y la gracia celestial de Cristo. Ningún cristiano por sí solo podría bastar para mostrar la dignidad de Cristo. **Toda la Iglesia**

es necesaria para representar al hombre nuevo.

4. **Cuarto**, los creyentes son formados en “**un cuerpo**” (Efesios 4:4). No solo están unidos los creyentes judíos y gentiles para presentar las características del nuevo hombre (es decir **Cristo**), en todas sus glorias morales, sino que están **formados en un solo cuerpo**. Esto es más que un grupo de personas de acuerdo entre sí. Más bien, forman un cuerpo de personas unidas entre sí por el Espíritu Santo para ser un solo cuerpo en la tierra, que representa **al hombre nuevo**. Así, los creyentes judíos y gentiles no solo se han reconciliado entre sí, sino que, formando un solo cuerpo, **también se han reconciliado con Dios**. Mediante la cruz, Dios ha formado un solo cuerpo con los creyentes judíos y gentiles. La cruz no solo eliminó todo lo que suscitaba enemistad entre judíos y gentiles, sino también lo que producía enemistad contra Dios (v. 16).

Versículo 17

Toda esta bendita verdad nos ha llegado por medio del Evangelio de la paz predicado a **las naciones lejanas** y a **los judíos exteriormente cercanos**. Podemos entender por qué se introduce, en este punto, un pasaje que habla de la formación de la Iglesia. El apóstol acababa de hablar de la cruz; porque sin cruz no podía haber **predicación**, y sin predicción

no podía haber la Iglesia. Cristo es visto como el que predica, aunque el Evangelio que trae se hace público a través de sus instrumentos.

Véase también: **Romanos 10:12-15**: “no hay diferencia entre judío y griego” y “¿cómo oirán sin haber quien les predique?”.

Efesios 2:19-22

Así pues, en este capítulo tenemos una triple presentación de la Iglesia (o Asamblea):

1. **En primer lugar**, la Iglesia es vista como el **cuerpo de Cristo**, formado por creyentes judíos y gentiles **unidos a Cristo en la gloria**. Forman **así un hombre nuevo** que representa a **Cristo como resucitado**, cabeza sobre todas las cosas. Recordemos que la Iglesia no es solo “un cuerpo”, sino “**su cuerpo**”, como leemos también: “La iglesia, la cual es su cuerpo”. Como su cuerpo, la Iglesia constituye su plenitud; llena de todo lo que él es, lo expresa. La Iglesia, su cuerpo, **ha de ser la expresión de sus pensamientos**, igual que nuestros cuerpos expresan lo que hay en nuestros pensamientos.

2. **En segundo lugar**, la Iglesia se presenta como un **templo creyente**, compuesto por todos los creyentes a lo largo de todo el periodo cristiano. En ella se elevarán a Dios sacrificios de alabanza y la excelencia de Dios es presentada a los hombres.

3. **En tercer lugar**, la Iglesia es vista como **un edificio en la tierra**, formado en cada momento a partir de **todos los creyentes** vivos que existen en un tiempo determinado en la tierra. **Es la morada de Dios** para bendición de su pueblo y testimonio al mundo.

(Continuará)

— El amor fraternal y el amor —

La Escritura dice: “**Permanezca el amor fraternal**” (Hebreos 13:1); y en verdad es tan precioso que lo extraño sería que alguna vez lo dejemos de expresar. Pero somos personas tan insensatas, y la influencia endurecedora del mundo nos afecta tanto, que incluso donde ha habido una feliz comunión, a menudo se infiltra la frialdad. A veces el afecto fraternal se debilita, solamente por la falta de una pequeña expresión, y nuestro enemigo vigilante, está muy contento de ver cómo se apaga. Entonces, cristiano, si tiene amor en el corazón hacia su hermano, no lo esconda como un secreto que no debe ser conocido. No se abstenga

de esas pequeñas expresiones de amor, que no solo refrescarán el corazón de su hermano, sino que evitarán que el amor muera en el suyo. Uno puede imaginarse cómo Satanás se ríe cuando logra alejar a los cristianos unos de otros. Donde se ve este distanciamiento, se ve la obra de Satanás; pero **donde los cristianos se aman, se ve la obra del Espíritu de Dios**, porque “el amor es de Dios” (1 Juan 4:7). ¿Ve a un cristiano caminando en el poder del amor? Entonces ve a alguien que está bajo la enseñanza divina, pues Pablo le dice a los tesalonicenses: “vosotros mismos habéis **aprendido de Dios** que os améis unos a otros” (1 Tesalonicenses 4:9). Dios es glorificado y Satanás derrotado cuando el amor triunfa entre los cristianos.

La Escritura distingue entre “amor” y “amor fraternal”. Se expresan con palabras distintas en el original. Amor es **agape**, y amor fraternal es **filadelfia**¹. «Filadelfia», quiere decir más bien amor amistoso; y otras versiones han tratado de transmitirlo con la expresión “fraternidad”. Pero es más que eso. Incluye bondad y amor, pero amor del tipo que se da en el trato entre hermanos. Tal vez la mejor interpretación sea la de “afecto fraternal” que encontramos en 2 Pedro 1:7.

¹ La palabra **filadelfia** se deriva de **phílos**, que significa amigo, y **adelphós**, que significa hermano.

Pedro nos dice que añadamos a la piedad el afecto fraternal, y al afecto fraternal el amor. Es decir, la piedad a secas —si se puede decir así— no bastará; debemos tener con la piedad el calor de la amistad cristiana, el afecto fraternal. Con qué rigidez, con qué dificultad, con qué chirridos y crujidos una máquina se mueve a veces —quizá no se mueva en absoluto— cuando unas gotas de aceite lo arreglan todo y la suavizan; así es el amor entre los hermanos. El amor supera las dificultades del día, vence la frialdad y la apatía, y sale a ganar el corazón de los creyentes para servirlos. Seguramente no carece de importancia, en un libro tan lleno de símbolos como el Apocalipsis, que “Filadelfia” sea el nombre de la que podría ser quizás la más admirable de las siete iglesias. Pero entonces el afecto fraternal no alcanzará por sí solo, o puede degenerar en un mero sentimiento humano, por lo que debe tener piedad; y con la piedad, afecto fraternal; y luego, con el afecto fraternal, amor, es decir, amor en su sentido más elevado, amplio y noble: amor de Dios, amor en la verdad, amor a los hermanos mostrado al andar según sus mandamientos (2 Juan 1-6), amor al pobre hombre caído. ¡Qué perfecta es la Escritura!

Ahora bien, el amor a los hermanos es una evidencia de la vida divina. En primer lugar, para nosotros mismos, “sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los

hermanos” (1 Juan 3:14); en segundo lugar, para el mundo, “en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35). Así pues, el amor entre los cristianos es un testimonio positivo de Dios en el mundo. ¿Desea dar testimonio de Cristo, predicar el Evangelio? Bien, es una buena aspiración. Pero no cualquiera está dotado para ello. Sin embargo, hay un testimonio que todos pueden mostrar (incluso los más sencillos): es más grande quien más lo manifiesta, y el don más espléndido no es nada sin él. ¡Es el amor!

El amor “en la verdad” (2 Juan 1; 3 Juan 1), manifestado entre los creyentes, predica a Cristo al mundo.

E.J. Thomas

— Oraciones respondidas y no respondidas —

Dios no siempre responde a nuestras oraciones otorgando lo que pedimos. Con frecuencia, al no conceder nuestras peticiones, él indica que su respuesta es «no». En la historia de un personaje del Antiguo Testamento, Elías, tenemos ejemplos de oración, tanto respondida como

no respondida, de un tipo muy llamativo e instructivo.

Lo primero que sabemos de Elías es que “oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses” (Santiago 5:17). Como fruto de esta ferviente y eficaz oración, anunció audazmente a Acab: “Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra” (1 Reyes 17:1). Aquí había en verdad una genuina oración de fe. Su fe en la plenitud de la respuesta de Dios era tan clara e implícita que anunció no solo que no llovería, sino también que tampoco habría rocío. Estaba seguro de que Dios respondería a su petición en el espíritu y no solo en la letra. Dios actuó tal como él lo pidió.

¿Cómo fue que pudo orar con una seguridad tan clara? ¿Las Escrituras arrojan alguna luz sobre esto? Creemos que sí. El Señor había dicho a través de Moisés: “Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos; y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y cierre los cielos, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto” (Deuteronomio 11:16-17). Ahora bien, el pueblo se había desviado bajo Acab, y estaban sirviendo y adorando a otros dioses, y por eso Elías esperaba que Dios hiciera lo que dijo que haría en esas circunstancias. Le pidió que lo hiciera; esperó que lo hiciera; él

anunció audazmente que lo haría. Eso era fe.

Elías no oraba por algo que conlleva agradables consecuencias para él. Compartió las miserias de la prolongada sequía, y sufrió junto con el pueblo, aunque Dios hizo una provisión especial que lo preservó de la inanición. Era evidentemente cierto que, como dijo más tarde, había “sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 19:10). Odiaba la terrible apostasía de Israel tornándose hacia Baal, su corazón ardía por la gloria del nombre de Dios, y sintió que había llegado el momento en que Dios actuara con el juicio que había especificado. Cualquier cosa era mejor a que Israel siguiera su camino descendente sin control. La vara de gobierno debía ser preferida a la ruina total; así que oró por el golpe de castigo aunque este debía caer sobre su propia espalda junto a los demás. Esa oración fue respondida.

Santiago también nos dice de que “otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto” (Santiago 5:18). Podríamos haber deducido que oraba, por el relato de 1 Reyes 18, de cómo en la cima del Carmelo, “postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas” (v. 42). Pero Santiago aclara el punto definitivamente al decir que fue así. Oró y envió a su siervo a buscar, incluso siete veces, la respuesta. Esta llegó con toda claridad. Hubo una gran lluvia (v. 43-45).

De nuevo nos preguntamos, ¿cómo es que pudo orar con tanta seguridad? 1 Reyes 8:35-36 y 9:3 proporcionan la respuesta. Salomón había pedido que, cuando el cielo se cerraba, si había oración y confesión del nombre de Dios y una vuelta de su pecado, se diera la lluvia; y el Señor le había dicho a Salomón que había escuchado su oración. El pueblo había confesado el nombre de Dios y había repudiado públicamente a Baal matando a sus profetas, así que Elías oró con plena confianza en que Dios cumpliría su palabra en la misericordia, tal como lo había hecho anteriormente en el juicio. De nuevo se trataba de pedir a Dios que ejecutara su propia palabra.

Anteriormente, en el mismo día, Elías oró para que Dios respondiera con fuego, consumiendo el sacrificio que había preparado. Esta petición obtuvo una respuesta tan notable que no solo el sacrificio fue consumido, sino también las piedras del altar, junto con el polvo y el agua. Aunque en este caso no parece haber habido ninguna palabra específica en la que pudiera descansar su fe, había un precedente. Dios había respondido a Salomón con la caída de fuego del cielo, como también a David después de un periodo de disciplina y al presentar un sacrificio (2 Crónicas 7:1; 1 Crónicas 21:26). Así que Elías pidió una respuesta por el fuego, y su confianza no estaba equivocada. Su oración fue respondida.

Ahora bien, estos casos nos muestran muy claramente con qué confianza podemos orar cuando nuestras peticiones se basan en la Palabra de Dios. Podemos estar seguros de que Él hará lo que ha dicho que haría. También podemos esperar que manifieste su poder y reivindique su nombre como lo ha hecho en días pasados, pues él es un Dios inmutable. Otra cosa que se destaca muy claramente es que si oramos, no por cosas que corresponden a nuestra propia conveniencia personal, sino por cosas que conciernen a sus intereses y gloria, podemos tener una gran seguridad de que seremos escuchados y nuestras peticiones concedidas.

Sin embargo, cuando seguimos la historia de Elías en 1 Reyes 19, nos encontramos con otra oración suya que no recibió respuesta alguna. Amenazado por Jezabel, huyó. Su coraje había fallado; en una profunda depresión se sentó bajo un enebro, y entonces pidió para sí mismo poder morir, y dijo: “Basta ya, oh Jehová, quítame la vida” (v. 1-4). Jezabel y quienes actuaban bajo su mando habían buscado su vida para quitársela, como se quejó después con Dios en Horeb (v. 10, 14). Él prefería que Dios se la quitara, a que ella lo hiciera. Pero Dios no hizo nada de eso.

No son pocos los que se quejan de que Dios no responde a sus oraciones, cuando el problema realmente es que no perciben las respuestas

que él ha dado. Él ha respondido pero no como ellos pensaron que lo haría, y por eso su respuesta pasa desapercibida. Pero en el caso de Elías su oración no fue respondida en el sentido de que la respuesta fue un enfático «no». De hecho, difícilmente podría imaginarse un caso más completo y exhaustivo de oración sin respuesta, pues no solo no murió cuando pidió hacerlo, sino que ¡nunca murió en absoluto! Se convirtió en el segundo de los dos hombres en toda la historia del mundo que han sido trasladados al cielo sin probar la muerte.

Esta petición de Elías fue una oración puramente personal en un estado de depresión y no una oración de fe. Pidió para él mismo su muerte. Por un breve momento Jezabel y no Dios llenó el ojo de su mente, y sintió que le gustaría estar fuera del conflicto. Este es justo el tipo de oración que queda sin respuesta. Es el mismo tipo de oración que muchos de nosotros hacemos con frecuencia. Queremos estar fuera de los problemas; nos dejamos llevar por las preferencias personales; lanzamos nuestro grito pero no somos escuchados.

¡Qué pena habría sido que Dios respondiera a esta petición de Elías! Él le tenía reservadas cosas mucho mejores: carros de fuego iban a acompañarlo al cielo y debía aparecer con Jesús en el monte de la transfiguración. Fue bueno para él que Dios dijera «no».

Para nosotros también las oraciones sin respuesta no son una tragedia. Seguramente llegará un día en el que veremos que las no respondidas fueron una bendición tanto como las que si fueron —y quizás, como en el caso de Elías, y hasta aún más.

F. B. Hole

— No descuidar la oración —

“Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo”
(1 Tesalonicenses 5:16-18).

Según parece, un célebre pianista, quien practicaba en su instrumento varias horas por día, acostumbraba decir: Si un día descuido mi piano, me doy cuenta de ello; si lo descuido dos días seguidos, mis amigos se dan cuenta; y si lo descuido tres días, el público es quien lo nota.

Tal era la experiencia de ese artista; en efecto, solamente mediante un ejercicio ininterrumpido le era posible conservar la ligereza y la delicadeza en el tacto, manteniendo un nivel adquirido con paciencia y perseverancia.

Lo que es cierto para la música también lo es para la oración. El creyente que la descuida, aunque sea

— El sermón del monte —

(Viene de la página 84)

Cristo y la ley

Mateo 5:17-18

Las enseñanzas del Señor Jesús diferían tanto de las de los escribas y fariseos que algunos de sus oyentes podrían haber pensado que el Señor estaba poniendo fin a todo lo que se había enseñado a Israel hasta entonces. En este pasaje sobre la ley (v. 17-48), que solo se encuentra en el evangelio según Mateo, el Señor responde a este pensamiento.

La ley del Sinaí

En relación con el Antiguo Testamento, la palabra “**ley**” puede significar:

- la ley del Sinaí (Hechos 7:53; Gálatas 3:17),

- el Pentateuco (es decir, los cinco libros de Moisés, en hebreo: la Torá), que, según la división judía, constituye la primera de las tres partes del Antiguo Testamento (Lucas 24:44),

- el propio Antiguo Testamento (Juan 10:34). (En este sentido, el término se utiliza a veces junto con “los profetas”: Mateo 5:17; 7:12; 11:13).

por corto tiempo, experimentará una sensible pérdida para la vida de su alma. Si la descuida por un poco más de tiempo, sus amigos cristianos percibirán en su lenguaje o su conducta notas disonantes, inconsecuencias, una falta de delicadeza a las que no están acostumbrados. Finalmente, si descuida por mucho tiempo la oración diaria, la oración que viene del corazón, su comportamiento sufrirá lo suficiente como para que cada uno de los que están a su alrededor se de cuenta de ello.

Un verdadero cristiano no puede prescindir de la oración como tampoco un músico puede descuidar impunemente el ejercicio de su arte.

“Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7).

La Buena Semilla

Dios había dado la ley del Sinaí a Israel después de liberarlo de la tierra de Egipto. Esta ley, con sus mandamientos legales, ceremoniales y morales, concernía solo al pueblo de Israel (Deuteronomio 4:8; Romanos 9:4), así como el antiguo pacto que se hizo solamente con ellos. De hecho, es lo que los cristianos olvidan con demasiada frecuencia.

La ley del Sinaí era un conjunto de requisitos y promesas dados por Dios a su pueblo terrenal. Las leyes morales eran, por así decirlo, los requisitos mínimos de Dios para el hombre natural, no regenerado. Las leyes ceremoniales regulaban el culto del pueblo y eran al mismo tiempo la sombra de los bienes venideros, figuras que se convirtieron en realidad en la persona de Cristo (Colosenses 2:17; Hebreos 10:1).

Como la ley procedía de Dios, era santa, justa y buena (Romanos 7:12). Si los israelitas hubieran podido cumplirla, les habría conducido a la vida y a la justicia (Levítico 18:5; Deuteronomio 5:29). Pero este resultado era imposible, porque el hombre natural carece de la fuerza necesaria para cumplir las exigencias divinas. Así, la ley solo podía conducir al conocimiento del pecado (Romanos 3:20). Manifestó el pecado, pero no dio ningún poder para evitarlo; por tanto, condujo a la maldición y a la muerte, aunque era “para vida” (7:10; 8:3).

En la cruz, el Señor Jesús tomó sobre sí la maldición de la ley. De este modo, redimió a los que estaban bajo esta maldición. De ello se desprende que todo judío que cree en él, escapa a la maldición de la ley (Gálatas 3:13); es librado de la ley, “porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 6:14; 7:4; 10:4; Gálatas 3:24-25).

Por esta razón, es contrario a la voluntad de Dios revelada en su Palabra que los cristianos se sometan a la ley. Sin duda, quienes lo hacen suelen limitarse a sus prescripciones morales, es decir, los Diez Mandamientos, y dejan de lado los mandamientos legales y ceremoniales. La obligación de observar estos preceptos se justifica por el hecho de que el cristiano obviamente no debe matar, robar, etc. Pero si el que es nacido de nuevo evita el pecado en todas sus formas, no es para cumplir la ley, sino porque ha recibido una nueva vida; es porque tiene al Espíritu Santo como fuente de poder y a Jesús como modelo.

Abrogar — cumplir

En Mateo 5:17, el Señor Jesús se dirige al pueblo terrenal de Dios. Sus discípulos, al igual que la multitud que lo rodeaba, eran judíos. El reino de los cielos les fue prometido como a “hijos del reino”. Por lo tanto, en ese momento, el Señor se dirigía exclusivamente a este pueblo (15:24). Al considerar las bienaventuranzas,

hemos visto que sus palabras también se aplican a los tiempos actuales, los tiempos de los “misterios del reino de los cielos” (13:11). Pero no olvidemos que el Señor Jesús está hablando en primer lugar a su propio pueblo, al que anteriormente Dios había dado la ley en el Sinaí.

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” (5:17).

La predicación de Juan el Bautista y sus llamamientos al arrepentimiento, así como los discursos del propio Señor Jesús, anunciaban algo completamente nuevo. Pero eso no significó la anulación de lo que había existido antes. La ley y los profetas (todo el Antiguo Testamento), no fueron abolidos por Cristo, es decir, no carecen de valor (Juan 10:35). Por el contrario, el Señor había venido para cumplirlos. **Cumplir** no solo significa **obedecer** la Palabra de Dios, una expresión que podría aplicarse a la ley, pero no a los profetas. Cumplir significa **confirmar** y **llevar a cabo**. Todo el Antiguo Testamento daba testimonio de Cristo, y Él era su cumplimiento (Juan 5:39).

Jota y tilde

“Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18, véase también Lucas 16:17).

Al final del reinado milenario de Cristo, el cielo y la tierra pasarán (Lucas 21:33; 2 Pedro 3:10). Entonces aparecerá una nueva creación, con cielos nuevos y tierra nueva (v. 13; Apocalipsis 21:1). Pero antes, durante ese reinado, Dios volverá a reconocer a Israel como su pueblo, sobre la base del nuevo pacto (Jeremías 31:31-34; Ezequiel 36:24-27). Dios pondrá su ley en ellos, y la escribirá en sus corazones. En ese momento, la recibirán de buen grado, a diferencia de lo ocurrido en épocas anteriores. Las ordenanzas relativas a las fiestas solemnes y los sacrificios volverán a respetarse. Pero en lugar de estar separado de las naciones como sucedió en el pasado, Israel se convertirá en el centro y el modelo de todos los pueblos (Isaías 2:2-4; Zacarías 14:16).

La jota es la letra más pequeña del alfabeto griego y la tilde es un gancho o «cuerno pequeño» cuya función, en hebreo, consiste en diferenciar a otras letras idénticas. Al decir que estos elementos minúsculos de la ley escrita no pasarán, nuestro Señor da un testimonio explícito de la inspiración textual de esta parte de la Palabra de Dios. Nada pasará de la ley hasta que se cumpla en el reino milenario. Y se cumplirá de una manera nunca antes vista en la historia de Israel. La frase “hasta que todo esto acontezca” (Lucas 21:32) apunta a los tiempos futuros del glorioso reinado de Cristo, cuando

se cumplan todas las profecías del Antiguo Testamento y se observen todas las palabras de la ley.

La ley y el reino

“De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mateo 5:19).

El menosprecio de la Palabra de Dios

Después de explicar en los versículos 17 y 18 cuál era su relación con la ley y los profetas, el Señor Jesús hace un llamamiento muy serio a todos: “De manera que cualquiera que quebrante...”. Pero, ¿cuáles son estos “mandamientos muy pequeños” de los que habla el Señor?

Entre los judíos había escribas y fariseos que valoraban más sus propias tradiciones que los mandamientos de Dios. El Señor les diría más tarde: “Habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición” (15:6). Mientras la ley estuvo en vigor, es decir, hasta la muerte de Cristo (Romanos 10:4; Gálatas 3:24; Efesios 2:15; Colosenses 2:14), los judíos estaban obligados a observarla en su totalidad. Deuteronomio 27:26

lo deja claro: “Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas”.

Los escribas contaron un total de 613 preceptos en el Antiguo Testamento y los clasificaron según la importancia que les atribuían. El propio Señor distingue, en Mateo 22:36-40, el primer y grande mandamiento, el de amar a Dios, pero asocia inmediatamente a este el de amar al prójimo. En el capítulo 23 reprocha a los escribas el haber dejado lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe, al tiempo que diezmaban escrupulosamente las pequeñas plantas que crecían en su jardín (v. 23).

Por un lado, los fariseos y los escribas anteponían así sus tradiciones humanas a los mandamientos divinos, y por otro lado, insistían en el cumplimiento externo de los más pequeños detalles de la ley. Pero el Señor distingue entre la observancia puramente externa de la ley y, cosa mucho más importante, el estado del corazón. Ahora bien, los mandamientos que exigen el amor a Dios y al prójimo ponen de manifiesto la imposibilidad del hombre natural de vivir de forma agradable a Dios. De este modo demuestran que es la fe, y no la ley, el único camino hacia Dios.

La justicia

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los

escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (5:20).

Durante el cautiverio babilónico, los maestros judíos habían añadido a la ley una numerosa cantidad de comentarios y prescripciones en el Talmud, llamado en el Nuevo Testamento “la tradición de los ancianos” (15:2). Los escribas eran gran conocedores de la ley y de estas prescripciones humanas, los mejores, y los fariseos eran los más estrictos observadores de su tiempo. En Mateo 23, el Señor Jesús pronuncia por séptima vez un “ay” sobre estos hombres hipócritas y autocomplacientes, preocupados por su apariencia externa (v. 5-7, 25-28). Ante los hombres podían parecer piadosos y justos, pero su actitud no resistía el juicio de Dios.

Por eso el Señor dice en este pasaje: “Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos...”. Obviamente, aquí no se trata de la justicia divina, que es compartida por todos los creyentes. El Señor Jesús, en el sermón del monte, no anuncia el Evangelio a las almas perdidas; se dirige a sus discípulos. “Vuestra justicia” es, por lo tanto, la justicia práctica de aquellos que han

sido justificados por la fe en él y que le siguen en el cumplimiento de la voluntad de Dios (7:21).

“Entrar en el reino de los cielos” significa estar ligado al Señor como su verdadero discípulo y ser reconocido por él como tal. En el Nuevo Testamento hay al menos 14 referencias a la entrada en el reino¹. Varios de estos pasajes dejan claro que se trata de algo futuro, los otros no. Sin embargo, todos ellos muestran que la entrada en el reino está reservada a los verdaderos discípulos de Jesús. Los injustos no heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:9).

Una mera profesión religiosa y el cumplimiento de ciertas «buenas obras», por muy impresionantes que sean para los hombres, no son suficientes para subsistir ante Dios. En cambio, el que se arrepiente sinceramente de sus pecados, cree que Cristo sufrió el justo castigo de Dios en la cruz por él, y luego lleva una vida nueva en pos del Señor, obedeciendo la Biblia, estará entre los justos que resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mateo 13:43).

(Continuará)

¹ Mateo 5:20; 7:21; 18:3; 19:23; 21:31; 23:13;
Marcos 9:47; 10:23, 24;
Lucas 16:16; 18:24;
Juan 3:5;
Hechos 14:22;
2 Pedro 1:11

Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

2 Corintios 5:17

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

Colosenses 3:1-2

Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.

Mateo 15:8

Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.

1 Tesalonicenses 5:16-18

— Oferta especial —

Para los **40 años** de la revista Creced, ofrecemos según nuestras posibilidades **un libro gratuito** a los lectores que lo soliciten y que no dispongan todavía de aquel libro. Por favor, especifique el **año deseado**. Cada libro consta de dos años de la revista Creced. Oferta válida hasta el 30.6.2027.

— **Publicación de edificación cristiana Creced** —

• **Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones y ofrendas de creyentes.

Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, puede escribirnos por medio del sitio **www.creced.ch**, o a la dirección de correo electrónico: **revista@creced.ch** o por WhatsApp al número: **+41 77 407 3244**.

Puede suscribirse a Creced en formato papel solo, y/o en formato electrónico (e-mail o WhatsApp). Por favor, especifique.

Dirección de correo postal: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

• **Volúmenes:** Están a la venta los **21 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2024-25. Cada uno consta de 336 páginas. Indique **claramente** los años que desea recibir.

— **Precio** (1 volumen) 10 \$ EE. UU. — 10 EUR — 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15% a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20% a partir de 10, y de 25% por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003), **así como el nuevo de los 20 años siguientes (2004-2023)**, a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

• **Medios de pago:**

— **PayPal:** Utilizar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced) (a copiar y pegar en su navegador).

Es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicando sus nombres y apellidos, la suma que manda, y la fecha del pago.

— **Otros medios de pago:** Por favor contactarnos.

• **Comité de redacción:**

J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.